

* JOHN STUART MILL (2008): *LA ESCLAVITUD FEMENINA*, TRADUCCIÓN Y PRÓLOGO DE EMILIA PARDO BAZÁN, PRESENTACIÓN DE ASSUMPTA ROURA, MADRID, ARTEMISA EDICIONES/CLÁSICA.

“Si la vida conyugal fuese todo lo que puede ser desde el punto de vista legal, la sociedad sería un infierno en la Tierra. Por fortuna existen, al mismo tiempo que leyes ridículas, sentimientos e intereses que en muchos hombres excluyen y en muchísimos moderan los impulsos y estímulos que conducen a la tiranía: de todos estos sentimientos, el lazo que une al marido con su mujer es indudablemente el más fuerte” (p. 149).

“Las mujeres que leen, y con más razón las que escriben, son, en el estado actual, una contradicción y un elemento perturbador: ha sido funesto enseñar a la mujer cosa distinta de lo que incumbe a su papel de bayadera o de criada” (p. 137).

Quien esto escribió, a mediados del siglo XIX, en el tiempo de las sufragistas, pudo probar que aquel lazo, que podía ahogar, debía unir a dos personas iguales en derechos, capaces de pensar por sí mismas puesto que nada las distinguía ni moral ni intelectualmente. De otro modo, sólo cabía ironizar...

Estamos ante un título y un autor –John Stuart Mill (1806-1873)– por los que Emilia Pardo Bazán sintió especial predilección. *The Subjection of Women* –que a veces se prefiere traducir como *La Sujeción de las mujeres* optando por una transposición más literal en detrimento de otra que también está en la obra– fue, en efecto, una obra que citó a menudo y en la que encontró un fundamento epistemológico –“lo más saliente de lo que en Europa aparecía sobre cuestión tan de actualidad como el feminismo”, escribiría al prologar, con ironía, *La cocina española antigua* al referirse al periplo sesudamente feminista– a su alegato feminista, por más frustrado que éste se viese en la recepción de la Biblioteca de la Mujer, que le dio cabida en el segundo de sus tomos.

Sin duda, no menoscabo la consideración positiva que la nueva salida de esta obra, difícil de encontrar en su traducción española salvo en la edición prologada por la autora de 1892, me merece si pongo en duda lo que indica su portadilla y consta en el epígrafe de esta reseña: Traducción de Emilia Pardo Bazán. Tal afirmación viene repitiéndose desde hace tiempo (incluso en la reciente y muy solvente salida de *Sobre la libertad*, en Alianza, 1997, por parte de C. Mellizo –vid. p. 75, nota 68–) cuando no hay, en realidad, indicio

alguno de su veracidad. La autoría del prólogo es sin embargo bien conocida y frontispicio espléndido de la obra milleana ya en 1892 ya en 2008.

No consta ningún nombre de traductor o traductora, y esta omisión, perpetuada desde el volumen que doña Emilia incluyó en su Biblioteca de la Mujer, en un momento en que no era infrecuente elidir tal dato, se ha favorecido tal vez el equívoco, avalado además por los afanes traductores de una escritora que conocía el inglés con suficiente y probada profundidad como para verter sus textos al castellano. Por otro lado, la dedicación traductora de Assumpta Roura, acaso pudiera inducir a atribuírsela, si no fuera porque se dan otras constataciones. Como afirma ella misma, se trata de una “reedición”, pero hasta la página 18, y gracias a ella, no lo sabemos. Volveremos sobre este punto más adelante.

La cubierta de esta edición hace honor a la obra a que da paso. La elección del cuadro de Sir John Everett Millais “The Black Brunswicker”, “El Brunswicker oscuro”, aquí parcialmente representado, responde a la perfección a los designios de Mill, de quien es estricto coetáneo (1860). De asunto histórico tamizado por la imaginación, representa a un caballero al servicio en 1809 de Frederick William Duke of Brunswick. Integrante de un regimiento cuya enseña se exhibe en forma de calavera en su casco, y devoto de su deber militar que le infligiría severa derrota en Waterloo, fue sujeto de atracción para el pintor, preso de su porte prodigioso y ensimismado en su elaboración a lo largo de tres meses. Pero es sin duda el personaje femenino, para el que posó una hija de Charles Dickens, Kate, el que concentra nuestras miradas y sobre el que se proyecta la luz que parece rebrotar en la oscura prestancia del soldado. El corte y definición del vestido de la muchacha fue documentado prolijamente por el retratista, fundador por cierto con William Colman Hunt y Dante Gabriel Rossetti, en 1848, de la Hermandad Prerrafaelita. Sin embargo, es la intensidad conmovedora de la escena, cargada de fuerza contrastiva entre la diligencia voluntariosa del caballero, y el comedido afán de la muchacha de frenar su partida al frente lo que atrapa al espectador, que ve también el grabado, firmado por David, de un ecuestre y viril Napoleón triunfante en el margen izquierdo. Impedir esa marcha y un destino aciago es lo que pretende la joven al interponerse en el umbral. Si bien parecen enfrentarse dos voluntades, la patriótico-racional-patriarcal y la sentimental-doméstico-femenina, y bifurcarse dos formas de conocimiento encarnadas respectivamente en el hombre oscuro y la mujer luminosa, el corolario bien pudiera ser el de un soñado equilibrio en la equitativa igualación de ambas voluntades. De ese contacto de equiparación, que rubricaría una suerte de transacción entre los sexos, trata el ensayo de John Stuart Mill.

La escasa difusión entre nosotros de este título, a diferencia de otros del autor británico accesibles en Alianza Editorial, y con muy cabales presentaciones, justifica plenamente su rescate a cargo de la editorial Artemisa. Como apuntaba Esperanza Guisán, experta en el autor inglés, se le ha sometido a una “relativa marginación en la Academia española, y [ello hace que] sea una de nuestras asignaturas todavía pendientes” (vid. “John Stuart Mill: un hombre para la libertad”, *Ágora*, Tomo 6, 1986, p. 169). Lo es menos desde 1984 (véanse *El Utilitarismo*, con larga introducción de la propia E. Guisán, la *Autobiografía*, bien conocida por Pardo Bazán y fuente, con Taine, de sus informaciones externas acerca del autor, con introducción de Carlos Mellizo o, entre otras, la magnífica obra cumbre *Sobre la libertad*, [*On Liberty*], con un ensayo de Isaiah Berlin y un interesante álbum a cargo de Carlos Mellizo), en relación con el conjunto de su obra de economista y pensador. Y ahora ha dejado de serlo en su muy interesante vertiente feminista. Del mismo modo, es digna de elogio la inclusión del prólogo pardobazaniano, “magnífico prólogo”, “enriquecedor” en palabras de A. Roura (pp. 11 y 14). Es evidente que se ha trasladado la edición que en su día preparó la autora para su tan mimado proyecto de la Biblioteca de la Mujer, aparentemente fallido luego si entendemos los recetarios como una rendición de su feminismo militante, cosa ésta altamente discutible.

Resulta obvia la comunidad de pensamiento con el autor inglés por parte de Pardo Bazán. Ambos abrazan el principio de la tolerancia como rector de las conductas derivado del ejercicio de la soberana libertad individual, y asumen un talante de riguroso apoyo racionalista. Como él, Pardo Bazán dirá muchas veces no comprender “a los sabios de gabinete” (p. 28) y rehuir la erudición huera y tautológica; como él, intentará ver de cerca la “cuestión femenina” sin delicuescencias ni falseamientos –por muy literarios que éstos sean y es sabida la devoción que profesaba a Dante–; como él asumirá un acendrado individualismo no exento sin embargo de solidaridad. Tal vez, aunque como él tampoco lo hiciese públicamente, hubiese querido renegar de prácticas sociales que anatematizaban en nombre de rancios principios morales uniones no convencionales como sin duda lo fue, en la sociedad victoriana, el prolongado amor de Stuart Mill y Harriet Taylor, la señora Taylor. La proyección coalescente de la figura paterna en la persona de Stuart Mill no deja de señalar el homenaje sentido al progenitor fallecido en 1890.

Por otro lado, la reacción ante la acritud de los ataques infligidos a Stuart Mill, objeto de muy ácidas caricaturas y denuestos en el *Punch* o en el *Sero-Comic Journal* pudo asemejarse al sentimiento de despego –y aun de rechazo

manifiesto— que experimentaría la autora de *La dama joven* o de *Insolación* ante otras lecturas de su persona y de su obra. Otro elemento común a ambos, en otro orden de cosas, es su afición botánica. No se diferenciaron tampoco en su común rechazo de lo que podemos denominar, con Isaiah Berlin, la estandarización. Compartieron igualmente una temprana precocidad y un cierto infantil y reconcentrado aislamiento. Acaso también se percataron de que la hipertrofia de la razón engendraba monstruos y que el conocimiento de la ciencia no debía ir en perjuicio de su desarrollo emocional. Mill apoyó a los exiliados españoles como Torrijos y se hizo eco del hambre en Irlanda para combatirla y supo de la guerra civil en América, defendió a los herejes y blasfemos, fue periodista, reformador y político apasionado. Tal vez no siempre coincidieran sus planteamientos con los de doña Emilia (su matizada y a veces recelosa y pesimista defensa de la democracia o la más abierta del laicismo; su falta de sentido del humor, tan proverbial como sospechosa, su agnosticismo...) pero sí parece indudable que ambos temieron y odiaron la timidez, la blandura, la conformidad natural y la falta de interés en las cuestiones humanas, como recuerda Berlin en el caso del filósofo londinense.

No me resisto a apuntar otra razón de esa comunidad de espíritu, una de las que delinean la personalidad poligráfica de ambos, su genuina educación sentimental, e incluso generan un punto de inflexión que puede llegar al grado de crisis, así la lectura de Wordsworth para Mill. Me refiero a su frecuentación de la literatura de entretenimiento incluso en el tiempo de su muy severa formación autodidacta —otro punto que los acerca, como su empirismo y su sutileza—. Se aproximaron también en el severo celo con que preservaron su vida privada. Su capacidad de autotransformación, vocablo éste que utiliza I. Berlin para desmentir el tan reiterado rigor inapelable que se le atribuye a Mill (también a Pardo Bazán, tachada de Capitana Verdades) para subrayar su afán de preservar la variedad. También les une la consideración del cristianismo como liberador de la mujer.

Es pulcra, en términos generales, la transcripción del texto milleano y del prólogo, tal como aparecieron en 1892, así como la presentación. Reflejo exacto, también en algunos anómalos usos de la puntuación (así en p. 23; también en p. 161), o en el no desarrollo de algunas abreviaturas; se eliminan sin embargo las tildes de los monosílabos o se reponen signos de interrogación, del libro que doña Emilia preparara (cfr. pp. 7 y 121, ejemplos de comas arbitrarias que no se corrigen). Salta a la vista que nos encontramos ante una traducción efectuada en el siglo XIX y no de nueva planta. Tras hacer

un cotejo, a partir del ejemplar que la biblioteca de la autora atesora hoy (si bien no perteneció éste a la suya personal), comprobamos la omisión del nombre del traductor y el anuncio de que se hallan en prensa los *Cuentos de Marineda*. La letra de este tomito es de un tamaño reducido. Se dan, no obstante, algunas incorrectas lecciones en la nueva reedición que no estaban en la edición de base: a título de ejemplo, un “ni” pasa a ser un “no” rotundo, un “ingiero” se convierte en “introduzco”, algún adverbio cae en el trasiego; pero más grave es leer “materiales” donde decía “morales”, omitir cursivas o espacios de deslinde o, sobre todo, suprimir las sustanciosas notas que en 1892 acompañaban al texto del autor de *El Utilitarismo*. Incluso en el caso de aquéllas dos últimas (¿de Pardo Bazán?) referidas a circunstancias españolas, así en la página 242 de 1892 y que no dejaré de transcribir aquí como testimonio de una posible apostilla de la autora destinada a la Biblioteca que dirigía al público español: “Esto será en la educación inglesa general, y en la española no diré que no suceda entre gente muy discreta y fina, pero no deja de ser frecuente el oír, en conversaciones familiares, frases y conceptos que afirman la superioridad del niño sobre sus hermanas. El niño sabe todo desde los 12 ó 13 años, mientras sus hermanas no dan solas ni un paso por la calle, al niño se le permiten libros, a las niñas se les esconden; y no hablo de otras mil franquicias que se derivan de la malísima educación viril española, puesto que hasta la edad de razón ni niños ni niñas deben poseer libertad, y después deben poseerla todos”. Esta nota personaliza la edición de 1892 de modo muy singular y, como la de la página 217, falta en el texto francés *L’Assujetissement des femmes* (traducción de E. Cazelles, 2ª edición, Paris, Guillaumin et Cie, 1876) que se conserva en la biblioteca de la Real Academia Galega.

No es tampoco coherente el modo de resumir cada capítulo. Sí en cambio que se subsane el salto de capítulo que se produce en el XVII en 1892, que debe ser el XVIII, como en 2008, y constar por tanto el índice de XXXVI y no de XXXV.

Es grata empero su lectura en la reedición moderna, en términos de accesibilidad material, aunque algunas erratas que no estaban en el texto de partida se deslizan en las páginas 15, 21, 24, 36 (donde Pardo Bazán reproduce bien un verso de la *Divina Comedia* en 1892 (p. 36), en 2008 se comete un error –*inia por mia–), 114, 160, 161 y 291.

Seguramente Pardo Bazán sabía ya en 1892, en el prólogo como en el *Nuevo Teatro Crítico*, donde también se publicó, que la felicidad moral plena que pudiese depararle alguna unión amorosa, ya no el matrimonio, se había

convertido para ella en una aspiración difícil de cumplir, incluso inalcanzable ya tras la ruptura con Galdós. Lo singular es que aún crea en su posibilidad (para otros) y que frente a los que la pusieron en duda en el caso de Stuart Mill y la señora Taylor la considerase real, algo que no todos hicieron ni entonces ni ahora. Esa convicción, verdadera prueba de su romanticismo –y es Stuart Mill pensador vinculado a él ostensiblemente–, revela de nuevo su renovada confianza en el individuo dueño de su destino frente a cualquier imposición o esclavitud.

Cristina Patiño Eirín
(Universidad de Santiago de Compostela).